dignidad de sacramento, y consagrada por la autoridad de la Iglesia; es un contrato puramente natural, tan frágil como todo convenio humano. Para otros, ni siquiera llega al grado de sociedad permanente, sancionada por las leyes; es una asociación libre, un encuentro pasajero, caprichoso como la pasión, y brutal como el instinto. La prensa es quien ha preparado, quien aumenta de día en día esa degradación de la unión conyugal, tanto en las ideas como en las costumbres. ¿Quién puede contar las infidelidades, las discordias, las separaciones y divorcios, cuyas causas agobiando á los tribunales, son oprobio de la sociedad contemporánea?

A la prensa antirreligiosa debe atribuirse también la preponderancia de los principios de la nueva educación: educación sin Dios, sin fe, sin ideal, sin respeto á lo que es verdaderamente noble y elevado. Es cosa palpable cómo se debilitan y extinguen insensiblemente, en las nuevas generaciones las tradiciones de obediencia, de amor y piedad filial que, en tiempos más dichosos, constituían el honor y la fuerza de las familias cristianas. El niño crece en algunas familías, como el salvaje en el desierto; no se le instruye en sus deberes, ni se corrigen sus faltas, ni se le advierte el peligro, ni se le alienta en los desmayos. Semejante á los héroes de sus lecturas, no sueña mas que bienestar, placer, aventuras, emancipación completa. Mucho será que no reciba las exhalaciones corruptoras de aquellos que debieran servirle de guía en la senda del bien; pues tantos padres hay que no pueden sino culparse á sí mismos, cuando el deshonor y la desgracia afligen su hogar.

IX. Son desastrosas para la sociedad.

Recopilad ahora todos los efectos de las malas lecturas: pérdida de la fe, corrupción prematura de la infancia y juventud, irreligiosidad en la edad madura, envilecimiento de la mujer, disolución de la familia, ausencia de principios religiosos en la educación, decadencia

de las virtudes privadas, depravación de las clases populares, y comprenderéis las consecuencias funestas de semejantes miserias en la misma sociedad.

Nadie ignora que las malas lecturas han sido siempre plaga de la religión y de la Iglesia. Todas las herejías, todos los cismas, todos los errores se han propagado y arraigado por medio de los libros. Baste recordar la difusión del protestantismo en el siglo diez y seis. Indudablemente tuvieron en ella gran parte las predicaciones de los reformadores, y la influencia de príncipes corrompidos. Mas la guerra emprendida contra la fe tradicional y la autoridad de la Iglesia Romana, se ha sostenido con infernal encarnizamiento, gracias á los libelos, á las hojas de propaganda y á las caricaturas vendidas por pregoneros, hasta en las chozas donde se encuentran todavía; guerra es esta de calumnias, de violencias y groseras injurias, que sacudió el edificio quince veces secular del catolicismo; separando del centro de la unidad, grandes y poderosas naciones.

Al finalizar el siglo diez y ocho, una revolución sin ejemplo en crueldad y locuras, difundió el terror en nuestras comarcas. Hubiérase dicho que la Iglesia estaba sepultada para siempre en la tormenta: los sacerdotes veíanse arrastrados á la prisión ó al cadalso, los templos entregados al pillaje, y el culto abolido. Aquello era el triunfo de la campaña emprendida por escritores, enemigos acérrimos de las creencias é instituciones religiosas. Dos hombres se distinguieron particularmente en esta lucha odiosa, Voltaire y Rousseau, desventurados personajes cuyas obras produjeron las catástrofes revolucionarias, y cuya memoria ha quedado en execración.

Después, el combate, lejos de haber terminado, se ha generalizado y enconado, y la prensa llamada libre, ha extendido sus estragos desde la cima hasta la base de la escala social. Cada cual puede comprobar por sí mismo un dato importante, y es la correlación exacta que media entre los adelantos de la mala prensa y los de la irreligiosidad. Recorred las casas una por una, sin salir del

contra nuestra. ¿Desde cuando es necesario sumergirse en las tinieblas para distinguir la luz, y absorber veneno para distinguir los buenos alimentos? Pretender aprender la verdad en la escuela de la mentira, es locura, y sin embargo tal es la pretensión de los que como dicen ellos mismos, leen *el pro y el contra.* He aquí de donde proceden, no hay que dudarlo, tantas ideas erróneas, tantas prevenciones mezquinas, tantas apreciaciones injustas de las cosas más legítimas, é indiscretas aprobaciones de las más reprensibles; y esto en hombres por otra parte adictos á la Iglesia.

XVI. 5º Pretexto: La tolerancia moderna.

En cuanto á la acusación de intolerancia que se nos dirige, con motivo de haber condenado las malas lecturas, Nos respondemos con una sola palabra: *Todos somos intolerantes en cuanto se trata de nuestra defensa y seguridad.* Somos intolerantes para con los elementos destructores: animales dañinos, epidemias, agresores que nos amenazan. Para nosotros, las malas lecturas representan en el orden moral la mordedura de la serpiente y el contagio de la peste. Después de lo dicho, convenimos sin dificultad en que se pueden tener razones legítimas de leer publicaciones prohibidas, en casos excepcionales; el interés de la ciencia, los deberes de la posición, y la misma defensa de la Iglesia, imponen esta necesidad á ciertos hombres. Nos hemos previsto el caso, y á este propósito recordaremos las disposiciones de nuestros Estatutos diocesanos:

"Si aconteciere que los fieles, en vista de las necesidades de la ciencia ó de las exigencias de su posición, se viesen obligados á leer ó recorrer un libro, un diario, una publicación periódica contrarios ó perjudiciales á la fe ó á las costumbres, pedirán la autorización del Obispo por conducto de su párroco ó de su confesor. Sin embargo, tratándose de un periódico malo, el párroco ó el confesor podrán permitir su lectura por tiempo limitado."

"Tal permiso no se concederá sino por motivo justo, y á personas discretas y firmes en la fe; pero nunca tratándose de escritos obscenos publicados con intento de provocar las pasiones vergonzosas."

La Santa Sede hace, á este propósito una advertencia importante: "Los que tengan permiso de leer obras prohibidas, no perderán de vista que están obligados, bajo pena de culpa grave, á guardarlos de modo que no puedan llegar á otras manos."

XVII. Conclusión.

Dejemos pues esos libros, esos periódicos y obras nefandas que oscurecen el criterio cristiano, corrompen el corazón y despiertan los más perversos instintos de la naturaleza degradada. Son origen de grandes males y no pueden hacer bien alguno. Guardémonos sobre todo de favorecer, por medio pe subscripciones las revistas periódicas, que atacan á la religión y moral cristiana. La subscripción, por familiarizarnos con ellas, las hace más peligrosas. Seriamos además responsables de los estragos causados en las almas, contribuyendo á ellos con el dinero y el ejemplo.

¿Qué necesidad tenemos de ir á buscar en las publicaciones emponzoñadas el alimento del espíritu y del corazón, cuando lo encontramos en escritos mil veces mejor inspirados? A veces se oyen quejas por la escasez de buenos libros; prevención es ésta que se desvanece ante los hechos. *No son los libros lo que falta á los lectores, sino lectores para los libros buenos.* En todos los tiempos ha contado la lengua cristiana con incomparables obras maestras; el siglo que acaba de terminar, vió desarrollarse una literatura brillante y rica, inspirada por el espíritu católico. No se diga que los periódicos y escritos que defienden á la Iglesia son inferiores á los demás, en cuanto á los informes, al movimiento de los negocios y al progreso material. Historia, artes, letras, ciencias, asuntos sociales y económicos, tienen, entre

nuestros escritores, los más autorizados representantes. Dirijámonos á nuestros apologistas y defensores para instruirnos é instruir á los demás; porque no basta, para cumplir con nuestro deber en la época actual, que leamos nosotros las obras inspiradas en el espíritu cristiano, si no difundimos en torno nuestro su conocimiento. Así el buen libro como el buen periódico son apóstoles del bien; su influencia es tanto más necesaria y preciosa, cuanto menos se frecuenta la casa de Dios y menos se escucha su palabra. Opongamos á la propaganda desenfrenada de la mala prensa, una propaganda contraria, activa, constante é infatigable. Combatamos al enemigo con sus propias armas, y hagámoslo con la intrepidéz y abnegación dignas de la santa causa que defendemos.—Dado en Tournay, el 17 de Octubre de 1902. —Carlos Gustavo, Obispo de Tournay.

Nada nos queda, después de lo dicho por este esclarecido Príncipe de la Iglesia en su Carta pastoral, sino encareceros su lectura.

Y para que no os limitéis á escucharla en el templo á donde acudís á oir la Santa Misa, sino que la meditéis en casa y la hagáis leer á vuestros amigos y conocidos, y muy principalmente á aquellos que sepáis que acostumbran leer libros malos ó periódicos no católicos, hemos dispuesto que se haga de este documento una edición copiosa para que los Señores Párrocos den un ejemplar á todo el que lo pidiere.

Concedemos además cuarenta días de indulgencia por cada vez que se lea, ú oiga leer ó se consiga que otros lean uno de los dieciseis números ó artículos en que está dividida esta pastoral.

Ordenamos finalmente que esta Carta se lea en todos los templos de la Diócesis á la hora de costumbre, dividida en tres partes, una en cada uno de les tres domingos siguientes después de recibida.

Os enviamos, amados hermanos é hijos nnestros, la

bendición pastoral en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Dada en León, el 8 de Septiembre de 1903.

✠ **Leopoldo,**

Obispo de León.

Por mandato de S. S. I.

Angel Martínez,

Srio.

círculo de vuestras relaciones, y veréis que las ideas y las costumbres corresponden á la lectura. Esta señal no engaña: ordinariamente el periódico, por sí solo, os indicará cuales son las ideas respecto á la religión; y las ideas se retratan fielmente en las costumbres. A medida que van penetrando en el pueblo las publicaciones malas, vemos desvanecerse en él, la fe, el respeto á la Iglesia y á la autoridad de los pastores.

Nuestros enemigos se regocijan por ello, bien lo sabemos, ansían que llegue un día en que vean perecer el último sacerdote, y derrumbarse el último templo; ¡insensatos! no advierten que el templo aplastaría todo cuanto protege, al desplomarse, pues que no hay seguridad para el hogar sino á la sombra del altar, y que todo atentado contra la religión, hiere al gobierno de rechazo. Las grandes verdades sociales son dogmas religiosos. La Iglesia es la que consagra la fuerza y dignidad del poder, la autoridad de las leyes, la libertad de los ciudadanos, el respeto de la vida y de los bienes ajenos. ¿Qué no han leído la historia los que desean la desaparición de la Iglesia? ¿No les han abierto los ojos tantas catástrofes sangrientas? ¿No han visto que la persecución religiosa, fomentada por la prensa impía, ha sido siempre precursora de los trastornos revolucionarios?

Mas no salgamos de los tiempos actuales. La prensa ya no se limita á combatir las creencias é instituciones religiosas. El asalto se dirige diariamente contra los principios esenciales de todo orden público. Quien escribe "*Dios es el mal*," no se detiene en este axioma impío; antes conforme con su inexorable lógica prosigue: "*Ni Dios, ni Señor*," todavía más: "*La propiedad es el robo.*" Máximas harto bien comprendidas, acogidas con entusiasmo, de parte del pueblo, como si fueran verdades de un nuevo Evangelio. El pueblo lee mucho hoy en día, y lee de preferencia lo que halaga sus pasiones.

El pueblo tan pacífico, tan respetuoso y sensato cuando poseía la fe, se vuelve inquieto, insolente é intratable, á medida que va olvidando las enseñanzas religiosas. Mil publicaciones maléficas introducen en su seno las mentiras é impiedades, que en otro tiempo perdieron á los nobles y á los ricos, conformándose fielmente á una consigna célebre: "*Es menester enseñar al pueblo á blasfemar.*" Pero el pueblo blasfemo es también pueblo rebelde y en los días de furor, su mano se entrega al pillaje, al incendio, al asesinato; en una palabra, á todos los crímenes de la revolución y de la anarquía.

Así pues, lejos de quejaros y de acusar á la Iglesia, cuando condena las lecturas malas, debiérais darle las gracias y bendecirla. Todavía más, debéis ayudarle en este ministerio de purificación moral y religiosa. Por que ella os defiende y protege, en realidad: defiende vuestros intereses, vuestros empleos, vuestra seguridad, y sobre todo vuestras almas, vuestros hogares, vuestros altares, vuestra salvación temporal y eterna.

X. Cómo debe entenderse la libertad de imprenta.

La Iglesia de Jesucristo condena los libros malos, cuya lectura prohibe formalmente. Ha ejercido siempre ese derecho indiscutible, y á pesar de las ideas de independencia esparcidas por el mundo moderno, lo ejerce todavía; pues sabe que no hay nada tan funesto para las almas, para las familias cristianas, para la sociedad civil y religiosa, como las publicaciones contrarias á la fe á la moral y disciplina eclesiástica.

Alerta pues, contra una preocupación tan generalmente extendida. Fácilmente nos imaginamos, que la libertad de pensar y escribir garantizada por las leyes actuales, autoriza para recibir y leer cuanto publica la prensa; sin embargo, debemos hacer una distinción importante.

Por razones que no es del caso discutir ahora, los estados modernos profundamente divididos respecto á las creencias religiosas, no protegen los principios cristianos, como lo hacían en otros tiempos; ni reprimen con sanciones penales los ataques dirigidos contra esos mis-

mos principios. Por su parte, la Iglesia, con objeto de ejercer pacíficamente su ministerio sagrado, y evitar intervenciones arbitrarias y vejatorias en el terreno de sus derechos, se ve obligada á tolerar ese mal en obvio de males mayores. Pero de aquí no se sigue, que apruebe la libertad de imprenta en sus extravíos, ni que podamos leer cuanto se imprime contra la fe, la moral y las instituciones religiosas. En virtud del derecho común, reclama la libertad del bien, la que permite á los fieles exponer, defender y propagar las verdades de nuestra religión santa; pero al mismo tiempo condena la libertad del mal, condena, más enérgicamente que nunca, las obras impías y licenciosas que pervierten á las almas.

XI. Pretextos que se invocan para leerlo todo.

Bien sabemos, que se hacen valer razones falaces para tomarse la libertad de leerlo todo, á pesar de las prohibiciones reiteradas de la autoridad competente; mas, en verdad, son pretextos que no soportan un examen serio. Revisemos las excusas de la ignorancia, de la vanidad, de la presunción, de la curiosidad nociva, de las pretendidas necesidades sociales.

XII. 1.er pretexto: no veo nada malo en ello.

Nada más frecuente que oir: ¿Por qué se nos prohibe leer tal libro, tal revista, tal periódico? En verdad, nada encuentro en ellos que sea contrario á la religión ni á las costumbres. Si algunas veces atacan á la Iglesia, es cosa personal y secundaria.

Supongamos que así sea: ¿No encontráis nada censurable en tales lecturas? No obstante, ojos más penetrantes han descubierto errores en ellas; la autoridad encargada de enseñaros y conduciros, halla peligros en las mismas. Si no veis el mal dejaos al menos instruir. ¿Habéis recibido acaso la luz infalible de la verdad? ¿Con vosotros, ha prometido Jesucristo permanecer hasta el fin de los tiempos? Por vosotros rogó para que no desfalleciera vuestra fe? No por cierto, á la Iglesia y á su Jefe se prometió el auxilio divino; en cuanto á vosotros, lo más puesto en razón es que sometáis el juicio á las decisiones de una autoridad divinamente establecida.

Mas decidme, ¿os parecen de veras intachables las lecturas que se os prohiben? Apenas podemos creerlo.

Si lo que se escribe del mismo Dios, del sacerdote, de la religión y de la Iglesia, se publicase de vosotros, de vuestra familia, de cuanto os atañe, las obras que juzgáis inofensivas, inmediatamente revestirían á vuestros ojos otro carácter, y jamás volverían á pasar los umbrales de vuestra casa. ¡Hombres de poca fe! ¿qué es esto? El libro y el periódico son malos cuando hieren sentimientos personales y ¿no lo serán cuando menoscaban el honor divino, cuando se befan de vuestras creencias y ponen en peligro vuestras almas y las de vuestros hijos? Tal es la inconsecuencia, ó mejor dicho, la ceguera de los hombres, en los tiempos actuales.

XIII. 2.° Pretexto: sólo busco el arte.

Para oponer á las condenaciones de la Iglesia, busca la vanidad humana inmunidades que, ni la razón ni la conciencia, le pueden conceder jamás. Se dicen *artistas*, *hombres de letras*, ó simplemente *hombres de mundo*, y en tal calidad, se emancipan de cualquier tutela; se autorizan, para leerlo todo con el pretexto pomposo de que buscan el arte y *de que el arte todo lo purifica*. "Es esta, dice un orador sagrado, una de las fórmulas más en boga, el día de hoy, pero que indica muy poca filosofía. Si no decidme, ¿deja el veneno de ser veneno porque se beba en vaso de oro cincelado? ¿Acaso las galas del estilo no hacen la idea mil veces mas incisiva, más mortífera por consiguiente, en vez de hacerla inofensiva? Tal soneto de un poeta á la moda, que presenta al vivo la desnudez antigua, en toda su gala, es una obra corruptora en alto grado; pues que ofrece á la vista, con rasgos

indelebles y un colorido que realza los objetos, una imagen voluptuosa; imagen que ofusca al alma, se apodera de ella, y algún día la inducirá al pecado".

XIV. 3er pretexto: no corro peligro.

Lo que acabáis de oir acerca de una virtud tan delicada, puede aplicarse igualmente á la integridad de la fe. En vano se jactan algunos, de que la lectura de obras impías é inmorales no les hacen mella. Presunción funesta, condenada á la vez por la Iglesia, columna y fundamento de la verdad, por la experiencia de todos los siglos y por el buen sentido más vulgar.

Tal vez creáis, lectores inconsiderados de la mala prensa que la Iglesia, al apartar de vuestras manos los escritos malos, defiende su propia debilidad, como si temiese el valor intelectual de sus enemigos, ó como si dudase del poder de su fé. No es así; á vosotros os protege, pues sabe que muchos carecéis de la instrucción necesaria para descubrir y refutar los sofismas de los incrédulos. Conoce, sobre todo, cuán frágil y vacilante es vuestra virtud, y que el menor incentivo de las pasiones desordenadas, halla eco en vuestros corazones.

¿No ha visto desde su origen inteligencias superiores seducidas por el error? ¿no ha visto las almas más virtuosas sucumbir ante el atractivo de obras lascivas? Aquellas víctimas de libros emponzoñados, eran cristianos escogidos, sacerdotes instruidos, y á veces, hasta pastores venerables encanecidos en el servicio del santuario. ¡Alerta pues, almas presuntuosas! El libro tiene más astucia, y más poder de lo que vosotros pensáis.

Se ha dicho con sobrada razón: una cosa es conocer la religión para practicarla con sencillez y obediencia, y otra conocerla bastante para discernir el error, y responder á las objeciones presentadas con la astucia de la mentira. Lo dicho puede aplicarse particularmente al periódico; pues como tiene la palabra todos los días, acaba por triunfar de los principios, de los sentimientos y de

la resistencia de sus abonados. Vuelve sin cesar á la carga, se aprovecha de todas las circunstancias, ó las inventa si al caso vienen, con tal de llegar á sus fines. Sabe presentar los hechos y aun desnaturalizarlos, para salir con la suya.

Si en este incesante comercio con la literatura maléfica no se apaga la fe, necesariamente se altera y debilita. Con tal atmósfera, se enerva el temperamento cristiano más robusto. Los lectores de libros y periódicos malos, se ven arrastrados por un impulso más fuerte que su voluntad y sus intenciones. Al principio se sublevan, luego se apaciguan, vacilan, y acaban por rendirse. Entonces los llevan á remolque, por decirlo así, los escritores hostiles que obedecen á la consigna lanzada largo tiempo ha, y ejecutada con infernal perseverancia. "*No se trata sólo de refutar al catolicismo, sino de extirparlo; no sólo de extirparlo, sino de deshonrarlo; no sólo de deshonrarlo, sino de ahogarlo en el lodo.*"

XV. 4.º Pretexto: es necesario saber todo lo que pasa.

En la sinceridad de su corazón, los cristianos ilustrados reconocen el peligro de las malas lecturas, y rinden homenaje al celo de los pastores que las condenan. Existen sin embargo algunos que, inconsecuentes consigo mismos, se dejan dominar por la curiosidad, la fuerza de la costumbre y las prevenciones del mundo. Es menester saber lo que pasa, dicen, prestar oido á los adversarios; en un siglo de discusión como el nuestro, no es posible ser intolerante.

Muy bien, pero nos parece que se puede saber perfectamente lo que se dice, lo que pasa, sin pedir informes á nuestros enemigos, sin mezclar con el relato de los hechos y la discusión de los principios, todos los errores, locuras y extravagancias de espíritus predispuestos en